

ambicion; Inocencio olvidó la alta mision que él mismo había reconocido á los vicarios de Dios; y en lugar de ser el guardador de la justicia, vino á ser cómplice de la más loca tiranía.

N.º 2.—*El papado, garantía de la paz universal.*

La Edad Media es un lucha de fuerza bruta; reina el derecho del más fuerte; pero si reinase solo, la sociedad se disolvería. Dios ha preparado una religion de paz y caridad para humanizar á los bárbaros conquistadores del imperio, para que la justicia reemplace á la violencia. ¿Cómo ha de llevarse á cabo esta revolucion? Cuando la unidad cristiana queda constituida y el poder espiritual organizado y concentrado en manos del soberano pontífice, entónces surge el pensamiento de que el pontificado podía y debía ser una garantía para la paz de la cristiandad: "El papa, se decía, está constituido sobre los reinos y sobre las iglesias, por arrancar y destruir, para edificar y plantar; á él corresponde, como órgano de la Iglesia universal y como vicario de Dios, decidir si las guerras que dividen al pueblo cristiano són justas ó injustas; no debe emprenderse ninguna guerra sin su autoridad. Si la declarase justa, es legítima, y en este caso los que se negasen á someterse á estos decretos serían anatematizados. ¿Dónde habría rey que se atreviera á resistir la voluntad unánime del papa y los obispos? Aquel que lo hiciera podía estar seguro de sucumbir", (1). Tal es la teoría de la paz universal inspirada por el catolicismo. Veámosla en la práctica.

Inocencio se llama representante del soberano conciliador de los hombres (2). Parecíanle incompatibles las guerras que desgarraban la cristiandad con una religion de paz y caridad, y escribió al rey de Francia: "En el momento en que Jesucristo realizó el divino misterio de la Redencion, dió la paz por herencia á sus discípulos, queriendo que la observasen entre sí y la hicieran observar por los demás, y confirmando despues de la resurreccion lo mismo que había dicho espirando en la cruz. *La paz sea con vosotros.* Tales son las primeras palabras que dirige á sus apóstoles. La paz es

la expresion de la caridad, que es la plenitud de la ley. ¿Hay algo más contrario á la caridad que las disensiones de los hombres? Nacidas del odio, son el origen de todos los crímenes, destruyendo todo lazo de afecto; y ¿puede amar á Dios el que no ama á su prójimo? Traer á los hombres á la paz y caridad, tal es el primer deber de aquel que, aunque indigno, ocupa el lugar de Jesucristo en la tierra", (1). Inocencio tenía poderosas razones para restablecer la paz entre los príncipes cristianos. El pontificado abrigaba la ambicion de rescatar la Tierra Santa; ahora bien, la cristiandad no podía vencer á los discípulos de Mahoma si se desgarraba en divisiones interiores. La rivalidad de los reyes de Francia y de Inglaterra era la más funesta de todas las guerras. Francia había tomado la iniciativa en las cruzadas; y privar á la causa de Cristo de este apoyo, era hacer imposibles las guerras santas. Tales fueron los poderosos motivos que indujeron á Inocencio á imponer la paz á los reyes de Inglaterra y Francia.

Acusado Juan Sin Tierra de haber dado muerte á su sobrino Arturo, conde de Breñaña, fué requerido para que se justificase ante el tribunal de los Pares, en calidad de vasallo del rey de Francia; y como no compareciese, declararon los barones franceses que había perdido todo cuanto poseía en Francia. En ejecucion de esta sentencia, Felipe Augusto invadió la Normandía, é Inocencio ordenó á los dos príncipes, bajo pena de excomunion, que hiciesen la paz ó que al ménos conviniesen en una tregua (2). Felipe Augusto respondió á los legados que no correspondía al soberano pontífice mezclarse en las contiendas de los príncipes, y que no se creía obligado á recibir sus órdenes en lo concerniente á sus vasallos (3). Los barones franceses rechazaron también enérgicamente la intervencion de Inocencio, y aconsejaron á su rey que no hiciese paz ni tregua con el rey de Inglaterra por imposicion de la santa sede, comprometiéndose á socorrer á su señor á la medida de sus fuerzas en el caso de que con tal motivo quisiera el papa cometer alguna violencia contra el rey (4).

Escuchemos la respuesta de Inocencio, que es

(1) INNOCENT., *Epist.* I, 335; VII, 68; II, 39; VI, 68.

(2) INNOCENT., *Epist.* VI, 68, 69.

(3) BENEDICTI PETROBURGENS., *Vita Henrici II* (BOUQUET, XVII, 488).

(4) DUMONT (*Corp. diplom.*, t. I, p. 129) trae el texto de las cartas de los barones.

(1) GERHON, *De corrupto Ecclesie statu*, en BALUZE, *Miscellanea*, t. V, p. 117-119.

(2) «Qui summi mediatoris locum obtinemus in terris» (*Registr. de negot. Imperii*, *Epist.* CLXXXV).

sagaz y categórica: no quiere usurpar el poder temporal de los reyes, segun dice, ni mezclarse en las relaciones de soberano á vasallo, limitándose á su poder espiritual; pero quiere que este poder sea entero, absoluto; se admira de que el rey de Francia niegue la jurisdiccion que Jesucristo ha conferido á la santa sede con tal extension que no puede ser mayor. Concedido esto, que, bajo el punto de vista del catolicismo, es incuestionable, el papa induce lógicamente el derecho y el deber de intervenir en la paz y en la guerra: "El Salmista, los ángeles y Jesucristo hacen de la paz una ley de la sociedad cristiana; el soberano pontífice, como órgano de Dios, debe, pues, predicar la paz, incurriendo, los que se nieguen á escucharle, en la maldiccion que Jesucristo pronunció contra los que rechazan la palabra de verdad". ¿Por qué es la paz un deber entre los cristianos? ¿Por qué debe imponerla á los fieles el jefe de la Iglesia? "Corresponde al papa juzgar de lo que se refiere á la salvacion y á la condenacion del alma; ahora bien, ¿no merece la condenacion eterna el alimentar las discordias, el combatir á los fieles, el destruir las cosas religiosas, el entregar al pillaje los bienes eclesiásticos, el violar las virgenes consagradas á Dios, el vejar á los pobres y empobrecer á los ricos, el derramar sangre humana y profanar las iglesias? En verdad que si nos callásemos habría razon para llamarnos perros mudos y para pedirnos cuenta de la sangre de tantos millares de hombres. ¿No nos ha dicho Dios por boca del profeta: *Yo te he colocado sobre las naciones á fin de que destruyas y edifiques?* ¿Y hemos de tener atadas las manos cuando se trata de prevenir los crímenes? ¿Nos será prohibido levantarnos como un muro para protegerlos, cuando la Iglesia y sus ministros están en peligro?". La consecuencia no tiene réplica: "Nuestro deber es reprender á todo cristiano por todo pecado mortal; y si despreciasen la correccion, castigarles por medio de la censura eclesiástica; ¿hemos de obrar de otro modo con los reyes? Escrito está: Juzgaréis á los grandes como á los pequeños, sin distincion de personas. ¿Qué nos queda que hacer, si no escuchas á la Iglesia, más que tratarte, lo decimos con sentimiento, como á un pagano ó un publicano? Si tuviésemos que escoger entre lo uno ó lo otro, preferiríamos desagradarte á ofender á Dios", (1).

(1) INNOCENT., *Epist.* VI, 163.

Los galicanos no se han conformado con esta doctrina: "Si se admitiera, dice *Fleury*, no solamente el papa, sino cada obispo sería árbitro de la paz y de la guerra; todo se sometería al tribunal eclesiástico bajo pretexto de pecado, y no habría ya poder temporal." Tales son, en efecto, las consecuencias lógicas del poder espiritual si se le reconoce en toda su plenitud á la Iglesia ó al papa, su jefe. La doctrina de los galicanos, que restringe el poder de la Iglesia al fuero interno (1), tiende á limitar este poder, que, á pesar de todo, es tan ilimitado por naturaleza, como dice Inocencio, que no cabe mayor extension. Es preciso, pues, elegir: ó se admite el poder espiritual con sus consecuencias, ó hay que rechazarle.

La humanidad ha elegido. Ya en la Edad Media encontraron una resistencia instintiva las pretensiones del papado. Felipe Augusto y sus barones rechazaron la intervencion de Inocencio. El papa no llegó á establecer la paz ni á unir á los príncipes cristianos para emprender la guerra santa. Se ha dicho que si el ideal de la paz perpetua pudiera realizarse, habría de ser por medio de la accion de un poder elevado por encima de las pasiones humanas y dominando á los pueblos por la fe (2). Nosotros creemos más bien con *Bossuet* que el papado no tenía mision ni capacidad para establecer la paz (3). Que le ha faltado la fuerza, lo prueba suficientemente la Edad Media con sus guerreros permanentes; si le ha faltado la fuerza, es porque Dios no le había dado esa mision. La armonia de la humanidad no puede resultar más que del concurso libre de los pueblos independientes. Ahora bien, si el poder del papa se hubiera consolidado, habría destruido las naciones europeas en su germen, absorbiéndolas en una monarquía universal, y, peor que todo, en una teocracia que impide todo libre movimiento; no quiere decir esto que la Iglesia no haya contribuido poderosamente á preparar una era pacífica; órgano de una religion de paz y amor, ha humanizado las costumbres é inspirado á los hombres sentimientos de so-

(1) BOSSUET, *Defensio declarationis*, III, 22.

(2) CHATREUBRIAND, *Genio del cristianismo*: «Si hubiese en medio de Europa un tribunal que juzgase, en nombre de Dios, á las naciones y á los monarcas y que evitase las guerras y las revoluciones, este tribunal sería la obra maestra de la política y el último grado de la perfeccion social: los papas, por la influencia que ejercian sobre el mundo cristiano, han estado á punto de realizar este hermoso sueño.»

(3) BOSSUET, *Defensio declarationis*, III, 22.

lidaridad y caridad; si estos sentimientos hubieran arraigado en los espíritus, la paz se hubiera realizado. Tal era la verdadera misión del catolicismo, que estaba llamado á preparar la paz, pero no á imponerla. La armonía no puede nacer sino de la concordancia de las almas, y nunca puede ser el producto de la coacción, ya sea moral ó física.

N.º 3.—Influencia moral de Inocencio.

La misión de los papas es más bien moral que política; jefes de la Iglesia, están llamados á propagar y á consolidar la religión cristiana. La influencia temporal de que gozan no es, en los designios de la Providencia, más que un instrumento, un apoyo para el poder espiritual; hé ahí por qué fracasan las pretensiones del papado al poder temporal. Inocencio, el más potente de los pontífices romanos, en vano procura dominar sobre los reyes; sucumbe allí mismo donde parecía vencer. Alemania no obedece la voz de Roma. Inglaterra se espanta de ver á su rey envilecido á los pies del papa. Felipe Augusto, rodeado de sus barones, desafía los rayos de la santa sede y reclama su independencia. En el terreno religioso sucede precisamente lo contrario; aquí el papa está en su derecho, tiene á su favor la conciencia cristiana, y triunfa. Los perseverantes esfuerzos de Inocencio para hacer respetar los lazos del matrimonio, violados por un príncipe poderoso, merecen el reconocimiento de la humanidad entera; no hay civilización sin moral; cuando faltan las costumbres, la más brillante cultura de la inteligencia se convierte en barbarie. Moralizando los pueblos, pues, el papado ha asegurado el porvenir de la civilización moderna.

Felipe Augusto, apenas casó con Ingeburga, princesa danesa, quiso romper su unión. Los historiadores hablan de una invencible repulsión que el rey había sentido súbitamente hacia una mujer bella y virtuosa (1). ¿Qué debía hacer la Iglesia? ¿Podía favorecer este capricho real? Una asamblea de obispos, presidida por el metropolitano de Reims, falló el divorcio á pretexto de parentesco. Felipe se apresuró á contraer segundo matrimonio

con Ines de Merania. La esposa legítima fué abandonada; y llegó á ser tal su pobreza, que tuvo que recurrir á la limosna para sostener una vida de dolores. La desgraciada invocó el único apoyo que quedó á los débiles en aquella época en que dominaba el menosprecio del derecho, recurriendo al papa: "Me muero si vuestra misericordia no viene en mi auxilio" (1). Su voz fué escuchada; Inocencio, indignado de la cobarde condescendencia del clero galicano (2), tomó por su cuenta la defensa de la mujer oprimida.

Apénas elegido, el papa escribió al obispo de París: "El matrimonio no es de invención humana, sino de institución divina; es la unión en Jesucristo de la Iglesia y de los esposos. Los que tratan, no de separarse de sus mujeres, porque esto es imposible, sino de arrancar esta parte de sí mismos, arrancan también su alma á las atenciones de la divina bondad. Que se apresure Felipe Augusto, por interés de su salvación, á volver á tomar á la esposa abandonada; no es solamente la salvación de un hombre la que está en peligro, sino la de todos los fieles. Si fuese permitido al rey de Francia repudiar á su mujer, todos los príncipes y todos los particulares seguirían su ejemplo, y la unión consagrada por la Iglesia sería un concubinato; es preciso cortar el mal por su raíz." Inocencio no teme el poder del rey, porque tiene á Dios de su parte: "Tú eres omnipotente, dice á Felipe Augusto; pero, cualquiera que sea la confianza que te inspire tu poder, no podrás mantenerle ante Dios, de quien somos, aunque indigno, el representante sobre la tierra. Nuestra causa es la de la justicia, y marcharemos por este recto camino sin inclinarnos á la derecha, sin desviarnos á la izquierda y sin dejarnos apartar de él por las súplicas, por los regalos, por el amor, ni por el odio (3).

Felipe Augusto, arrastrado por su pasión, trató de resistir; pero Inocencio tenía un auxiliar más poderoso que la omnipotencia del rey, el asentimiento de la cristiandad. La voz pública se levantó contra Felipe, y hasta acusó al papa de excesiva moderación en su conducta (4). Estas censuras sa-

(1) *Epistola Ingeburgis ad Celestin. Pap.* (BALUZE, *Miscell.*, I, 422): "Doleo quidem et non tristici non possum. qui panem comedo cum dolore et potum cum lacrymis assidue permiscere compellor."

(2) INNOCENT., *Epist.*, Appendix IX (BRÉQUIGNY, t. II, p. 1081): "Non enim sententia illa divortii, quin imo fabula ludibrii."

(3) INNOCENT., *Epist.*, I, 171.

(4) INNOCENT. III., *Epist.*, I, 171; VI, 182.

tificaron á Inocencio, puesto que le prestaban fuerza para vencer la resistencia del rey; pero las exhortaciones y amenazas no producen efecto, y el soberano pontífice puso el reino de Francia en entredicho. El legado reunió un concilio. Á media noche aparecieron los obispos y los sacerdotes, cada uno con su antorcha en la mano; las campanas, que se dejaban oír por última vez, sonaban como por los agonizantes y los muertos, y los canónigos rogaban al Padre de las Misericordias: "Señor Dios, tened piedad de nosotros." Un velo cubrió la imagen de Cristo; se consumieron en las llamas las hostias sagradas; se guardaron en los sepulcros subterráneos las reliquias de los santos y las imágenes de los patronos de las iglesias. Entonces el legado, revestido con estola morada, como el día de la Pasión del Salvador, anunció al pueblo que, en nombre de Jesucristo, quedaban puestos en entredicho todos los dominios del rey de Francia hasta que cesase su consorcio adulterino con Ines. Resonaron bajo los pórticos los sollozos y gemidos de viejos, mujeres y niños: parecía que había llegado la hora del juicio final y que los fieles iban á comparacer ante Dios, sin el auxilio de las plegarias de la Iglesia (1).

Es preciso trasportarse á la Edad Media para comprender el efecto que el entredicho produjo en el pueblo; toda la existencia era cristiana; la religión intervenía á cada instante en los placeres y en los dolores de los hombres; privarlos repentinamente de este consuelo era casi suspender el curso de la vida. Un escritor contemporáneo dice que el duelo y la consternación se extendieron por toda Francia (2). Ya la simple amenaza del entredicho había conmovido las poblaciones, y hubo obispos que dirigieron representaciones al papa diciéndole: que era imposible contener las piadosas sediciones de la muchedumbre, que pedía con violencia que se les devolvieran sus altares, sus

patrones y sus fiestas. Inocencio les contestó que estos motivos eran frívolos, que debían obedecer, que la Iglesia había sido por largo tiempo insultada por un escándalo público. El papa confesó que el remedio era duro; pero que las grandes enfermedades no se curan con débiles medicamentos; Felipe Augusto se vió obligado á ceder, no sin buscar todavía apoyo en sus barones; cuando se había tratado de defender la independencia del reino, los vasallos se ponían al lado de su señor; pero cuando los pidió su opinión respecto á su contienda con la santa sede, los halló inexorables. Ines compareció ante el Parlamento pálida, consumida por una laboriosa preñez y por el temor de un porvenir doloroso; semejante á la viuda de Héctor, dice un cronista, hubiese enternecido á todo un campamento de Griegos; pero los barones permanecieron impasibles, y aconsejaron al rey que obedeciese al padre santo, apartándose de Ines y volviendo á unirse con Ingeburga. Felipe Augusto, llorando de despecho, prometió bajo juramento no ver más á la que la Iglesia calificaba de concubina y cohabitar con su legítima esposa; entonces el legado levantó el entredicho, sonaron las campanas y fué grande la alegría del pueblo.

Inocencio dominó la resistencia de un rey poderoso; pero le quedan muchas luchas que sostener; Felipe Augusto no había cedido sino por la presión de la opinión pública; y agriado su carácter, ciego por su pasión, hizo sentir á la desgraciada Ingeburga todo el peso de su odio. La reina de Francia fué tratada como una criminal; la estaba prohibido salir; y para verla, se necesitaba un permiso escrito del rey; no la permitieron más que la visita de dos sacerdotes daneses, que no podían hablarla sino delante de testigos. Inocencio dirigió vivas quejas á su legado: "Felipe Augusto no cumple sus promesas más que en apariencia; se necesita una verdadera satisfacción. El rey cree engañarnos, y es él el que se engaña; nosotros deramarémos, si es preciso, nuestra sangre por la verdad y la justicia" (1).

Felipe Augusto esperaba obtener por una sentencia de divorcio lo que no había podido arrancar al papa por la violencia de sus procedimientos, é invocaba tan pronto el parentesco como el maleficio; aunque Inocencio desconfiaba de las alegacio-

(1) INNOCENT., *Epist.*, III, 16.

(1) *De Locat. miss. in Franc.* (DUCESNE, *Scriptor. rer. Franc.*, tomo V, p. 574); MARTENE, *Thesaurus anecdotorum*, tomo IV, página 147.

(2) RADULPHI COGGESHALL *Abbatis. Chron.*, ad a. 1200 (BOUQUET, XVII, 91): "O quam horribilem, immo quam miserabile in singulis civitatibus per id temporis erat spectaculum! Valvas basilicarum obseratas cernere, et ab ingressu earum christianos velut canes arcere, ab officiis divinis cessare, sacramenta corporis et sanguinis Domini non conficere, ad preclaras sanctorum solemnitates ex more plebem non confluere, defunctorum cadavera ritu christiano sepultura non tradere, quorum fetor arem inficiebat, et horribilis visio vivorum mentibus horrorem incutiebat."

(1) RIGORDUS, *De gest. Phil. Aug.*, ad a. 1193 (BOUQUET, XVII, 38): "Sed mirum! eadem die, instigante diabolo, ipse rex, qui bus iam ut dicitur maleficiis per sortiaris impeditus, uxorem tam longo tempore cupitam exosam habere cepit."

nes del rey, consintió en que fuesen examinadas; el legista vino en ayuda del pontifice; y para desvirtuar las argucias de Felipe Augusto, se colocó en su verdadero terreno, en el del derecho: "Es preciso respetar el derecho, que exige que la reina sea libre en su defensa y tenga la facultad de presentar testigos. Inocencio enviará, por su cuenta, letrados á Dinamarca para escucharlos," (1). Furioso el rey de esta oposicion que no podía vencer, hacia recaer sobre la desdichada Ingeburga su cólera y aversion; una carta conmovedora de la reina al papa nos da á conocer sus sufrimientos: "He expuesto á vuestra paternidad muchas veces mis miserias, las mayores que Dios puede imponer. Recorro á vos, santísimo padre, á vos, representante de Cristo, para que alivieis mi carga... Salvadme, á fin de que no sucumba; se me niega lo que no debe negarse á una esposa cristiana; se me niega lo que no debe negarse á la mujer más criminal; estoy cansada de vivir... Salvadme de la muerte del alma. ¡Cuán agradable sería para mí, desdichada, abandonada y rechazada por todos, la muerte del cuerpo!" (2).

Inocencio castigó al verdugo, consoló á la víctima y escribió al rey que trataba á su esposa no como reina, sino como esclava: "Las lágrimas que vierte noche y día son el pan con que se alimenta, hasta el punto de odiar la vida. Si el temor del Señor, si el respeto de la santa sede, si la nobleza de su raza ó la santidad de Ingeburga no le hacen cambiar de conducta, que lo haga por el interes de su reputacion. La reina sucumbirá á su dolor, y entonces se acusará al rey de haber preparado su muerte con anticipacion; se le considerará como asesino de la mitad de si mismo," (3). La carta de Inocencio á Ingeburga está llena de dulzura y de compasion: "Nos sentimos toda la dureza de tu suerte. Dios quiere probar tu virtud; soporta todas las desgracias, todas las maldades; sopórtalas, no como una necesidad, sino como un bien; no basta solamente someterse á la voluntad divina, es preciso aceptarla; cuando suceda algo contra tu deseo, ofrece con alegría tu sacrificio al Señor; nuestra vida no es más que un perpetuo sacrificio... La virtud sin combate se enerva; su grandeza y su

fuerza no se manifiestan más que con la paciencia; es menester, pues, servirnos de las adversidades, no para alimentar nuestro dolor, sino para fortificar nuestra alma... Resignate con humildad; no se sufre más cuando se sufre con paciencia; Aquel que tiene en su mano los corazones de los reyes te volverá el afecto de tu esposo. Aquel que es el verdadero esposo de las almas fieles recompensará más abundantemente tus disgustos con su gracia," (1).

La prediccion de Inocencio se cumplió. Felipe Augusto volvió á tomar á su legítima esposa despues de veinte años de abandono. ¿Qué sentimientos influyeron en esta reconciliacion? Se ignora; el historiador de Inocencio dice que el rey, en visperas de invadir á Inglaterra, quiso atraerse el favor del pueblo; sin embargo, el rey conservó su amistad con la reina aún despues que fracasó la expedicion. Ya se habían calmado las ardientes pasiones de la juventud: la voz del pueblo, que era la del cielo, acabó por tocar al rey en el corazon; si fué milagro, debe atribuírsele á Inocencio. Tomando parte por una mujer repudiada por capricho, el papa defendia la causa de la moralidad contra la fuerza unida á los malos instintos del hombre, y salvaba el porvenir de la civilizacion: "Si en la juventud de las naciones septentrionales no hubiesen tenido los papas el medio de imponerse á las pasiones de los soberanos, los príncipes, de capricho en capricho y de abuso en abuso, hubieran acabado por erigir en ley el divorcio y tal vez la poligamia, y repitiéndose este desórden, como sucede siempre, hasta en las últimas clases de la sociedad, nadie es capaz de calcular adónde hubiera llegado este desbordamiento," (2).

Hay, sin embargo, una sombra en este cuadro de la influencia moral del gran papa. Creemos que el sentimiento del deber inspiraba á Inocencio; pero habia, ademas, otro móvil menos puro; si empleó tan valerosa perseverancia en sostener el derecho contra la fuerza, consistió en que estaba comprometido el honor de la santa sede en el resultado de la lucha. Escribe á su legado: "Nada contribuirá tanto á nuestro honor y á tu gloria como el que por nuestra autoridad y por tu ministerio llegue á feliz término este negocio. El éxito

(1) INNOCENT., *Epist.* IV, 49; XI, 182; XV, 106.

(2) INNOCENT., *Epist.* VI, 85.

(3) INNOCENT., *Epist.* VI, 86.

(1) INNOCENT., *Epist.* XIII, 66.

(2) DE MAISTRE, *Del Papa*, lib. II, c. VII, art. I.

exaltará á la sede apostólica (1). La derrota seria para nosotros causa de extrema confusion; se nos aplicaría el dicho del poeta: "el parto de los montes." En el siglo IX, un papa luchó igualmente por los derechos del matrimonio contra el rey y contra la Iglesia nacional. Nicolas triunfó; un nieto de Carlo-Magno, los arzobispos y obispos se doblegaron ante su voluntad; pero aquella voluntad era santa; ni una palabra de la correspondencia del papa permite sospechar un interes personal; no se preocupa más que de la salvacion del rey y de los fieles, sin pensar en la dominacion de la santa sede; Inocencio tiene la ambicion de un príncipe que aspira á la grandeza de su nombre y al esplendor de su corona.

Este sentimiento egoista coloca á Inocencio debajo de Gregorio VII. Gregorio inaugura la era de la dominacion pontificia; Inocencio aparece en el apogeo de su poder. Gregorio funda el poder, cuyos frutos recoge Inocencio. ¿Cuál es la preocupacion de Gregorio? Su grande ambicion. El poder espiritual pasa su vida en reformar la Iglesia, luchando contra la aristocracia episcopal, y combate ménos por Roma que por el cristianismo, que logra salvar y con él el porvenir de la civilizacion. Bajo este punto de vista, Gregorio es el héroe del catolicismo, el héroe de la humanidad. Inocencio llega al solio pontificio como un príncipe despues de una larga serie de antepasados. Dispone como señor del poder espiritual; la Iglesia está en su mano; pero la soberania absoluta es un arma peligrosa que hiere al mismo que la maneja. El pontificado, armado del poder espiritual, se vió arrastrado inevitablemente á reivindicar la soberania temporal; y con los intereses de este mundo, se apoderaron de la santa sede las pasiones mundanas. La ambicion, que en Gregorio es más bien el medio que el fin, domina en Inocencio. Esta ambicion tiene todavia grandeza; pero perderá al pontificado, poniéndole en colision con la independencia de las naciones y con el espíritu de libertad. Los papas entablan una lucha á muerte contra el poder temporal, representado por el imperio, y contra la razon humana, representada por las herejías. Abaten la poderosa casa de los Hohenstaufen y parecen triunfar; pero

lo que perece con los Hohenstaufen es la idea de una dominacion universal sucesora de Roma; lo que triunfa es la libertad del género humano. Los papas ahogan en sangre la protesta de la razon contra el catolicismo; pero la razon no se deja dominar por la fuerza. La inquisicion y la cruzada son el crimen del papado, la mancha indeleble de la vida de Inocencio; el papado llevará el castigo por este atentado contra el libre pensamiento; no puede existir más que encadenado á la razon; la razon, rayo divino, romperá una institucion inconciliable con la libertad del espíritu humano.

SECCION 3.

FEDERICO II.

§ I.—Los últimos Hohenstaufen y el papado.

I.

Inocencio III combatió durante diez años por separar á la casa de Suabia del trono de Alemania. Apenas vencedor, se vió obligado á excomulgar á su protegido; y para derribarlo tuvo que apoyar al último y más grande de los Hohenstaufen, Federico II. Inocencio inaugura sin sospecharlo una nueva lucha, más furiosa, más trágica que todas las que habían desgarrado el mundo cristiano, pero también más decisiva, puesto que el imperio, con todas sus pretensiones, muere en la persona de Federico, que era heredero de la ambicion de su raza. Enrique VI, su padre, reúne la corona de Sicilia y de Nápoles á las tres coronas que ornaban ya la frente del emperador; vecino del imperio griego, que estaba en plena decadencia, pensaba que era fácil conquistar á Constantinopla, con lo cual se hubiera reunido el imperio de Oriente al de Occidente y reconstituido la unidad romana; se creía capaz á Enrique VI de realizar estos gigantescos designios, cuando le sorprendió la muerte (1). Federico fué acusado por el papa Inocencio IV de perseguir el mismo fin (2); se le acusaba de abrigar esperanzas ilimitadas fundándose en ciertos

(1) "Negotium illud ad magnam exaltationem sedis apostolicæ proveniet, si diligenter fuerit procuratum." INNOCENT., *Epist.* III, 16.

(1) OTTONIS DE SANCTO BLASIO, *Chronica*, c. XLIII, XLV (MURATORI, *Scriptores*, t. VI, p. 900 y sig.): "Cujus virtute et industria decus Imperii in antiquæ dignitatis statum rediit." (2) *Carta del Papa*, en RAUMER, IV, 122.